

También, aunque de lejos, nos vienen ciertas reminiscencias de Bécquer, en los primeros poemas del libro, tan llenos de una ternura simple, dirigidos a lo permanente humano:

«Los ángeles del sueño la rodean».

O en el paso de la sombra (el arpa en el rincón), a la manera becqueriana:


«Alada, pasajera, fugaz habitadora
de una estrella».

Una brisa renovada venida del poeta malagüeño cruza por estos versos de Murillo:

«Bajo el silencio de lá noche clara
el río va contigo de la mano...»
«Quién fuera como el río, fiel amante
hasta en la rosa nube de mañana».

Versos tan hermosos como los del segundo poema de Manuel Altolaguirre colocado en sus nuevos poemas de «Las Islas invitadas», y de quien—no por influencia decisiva ni por imitación tonta, sino por temperamento poético semejante—proviene.

Junto a Ernesto Cardenal y a Carlos Martínez, Salvador Murillo concreta, con este primer libro, la última poesía de Nicaragua, vueltos los ojos hacia la España eterna, entrevista, con su destino de americano, en el único continente limpio de la tierra.—M. A.


<https://doi.org/10.29393/At275-22PRGO10022>

EL POETA RICARDO NAVIA

«Las Nubes Trágicas» es un pequeño libro de poemas de Ricardo Navia. Contiene sólo tres, precedidos de un prólogo que firma Antonio de Undurraga. Antes de entrar en un comentario, no puedo dejar de referirme a la terrible tapa con que sale a la

vida el libro. ¿Quién la diseñó? No lo sé. Pero sin duda fué alguien que no leyó los poemas y que carece de toda sensibilidad estética e imaginación plástica.

Este libro revela a un poeta hondo y muy preocupado de lo que ocurre en los abismos insondables del ser, pese a su extremada juventud. Esto es muy extraordinario acundo se vive inundado por el torcate de superficie, que emite hermosos destellos y agradables notas que halagan la propensión al muelle descanso y al amable descuido. Es muy extraordinario que un joven nos enseñe lo profundo y oscuro de su mundo, desgarrado ya por mil cuchillos que turban sus goces y sus sueños. Se mira en los terribles espejos del ámbito negro y va abriendo su camino aromado de oscuros cantos. No se diga, sin embargo, que Ricardo Navia evade y sale del tránsito terrestre. Por el contrario, tiene el mérito raro de pisar muy firme el áspero suelo de nuestro sustento, sin desconocer su despiadada misión, que nos encadena al crepúsculo inacabable y nos lanza hacia la silenciosa angustia en donde también estamos, como desconocidos de nuestra propia imagen. Entre estas dos fuerzas se debate el poeta con sus armas: el verbo y la vida. En este medio de tremendas sorpresas cava sus tumbas, abre sus puertas rechinantes, desbroza los caminos, se extasía ante la visión y toma nota de lo que ha de venir:

«Oh espejos agrios
la eternidad tiene sabor inerte
de alcoba sumergida».

dice, en diálogo con los complacientes habitantes de la sima. Su atmósfera es densa de humos desgarrados. Va y viene. Y a veces, muchas veces, duda y se desalienta ante las graves pruebas que tiene que sufrir:

«Y ahora qué hacer
con esta eternidad hecha sangre
que invade la huella de las arterias
que invade la huella de signos
¿que deja mi muerte al pasar
que deja mi paso al morir?

Pero no se abate. El sabe, con la intuición inevitable de los señalados por la Mano, que su agonía conduce a la gracia y sigue andando, sigue construyendo sus verdades, su propia lucha:

«He aquí mi voz
enronquecida por el paso de los siglos
pero fuerte sin embargo
pero profunda y sentimental acaso
con crujidos de viento luminoso
en la eterna noche de mis dedos»

Está demostrado que en medio de obstinadas asechanzas, el poeta mantiene su tea con segura mano y camina con iluminación de vidente hacia el origen. Pero no hay que olvidar un instante que Ricardo Navia es muy joven; que ésta es su primera asomada al espejo ambiente de la poesía, tan lleno de engañosas sirenas, de voces falaces, de falsas rutas y decoraciones casi irresistibles.

A veces queda solo, sin sus demonios, sin sus desvelos. Y entonces vaga al azar por la superficie brillante, fatigado de su cisterna quizás. Y se torna lírico:

¿«Volverás con canciones de humo o de hojas saliendo
[grando vuelos
furtivos a la errante mansión del amor?
¿Volverás convirtiendo el día en pétalos

y perlas cortadas por torturas lluviosas?
 Acaso me lo diga
 el trébol ardido de lámparas».

Incluso dentro de esta modalidad que podría considerarse como una concesión a la piedra reluciente, hay elevación y buen gusto:

«Cantando volverás
 a los surcos dolorosos del recuerdo
 y no estaré más
 y no seré más
 y tú sola volverás
 en el tiempo y en las arenas y en el polvo
 ciego por la madera
 y ya no estaré más.

Afortunadamente no se queda allí, no cede a la fácil tentación. Su lugar natural es la duda, el ojo abierto en la tiniebla, la mano que nos roza a través de los muros y la llama que florece de pronto para que sigamos atentos al conjuro:

«Allí viene una marioneta de arena
 danzando en la encrucijada muerta.

 qué graves las aguas postradas en la boca del canto».

¿Qué más podría decirse de este libro de este poeta? Mucho más tal vez. Por ahora, sólo insinuarle una cierta serenidad dentro de su misión; un mejor cuidado de su expresión, del uso de sus adjetivos, colocar normalmente la puntuación, ¿por qué eludirla si se sabe bien lo que quiere decirse y cómo? Sin duda el tiempo verificará su obra. Ahora sólo importa celebrar la aparición de un poeta de verdad.—GUSTAVO OSSORIO.

